



EN PRIMERA LÍNEA

SALVADOR ACASO DELTELL

UBICUIDAD

UBICUIDAD

“Condición del ubicuo. El que puede estar en dos o más sitios a la vez”

Prólogo

Allá por el año 2003 escribí un cuento de unas pocas páginas con el mismo título que esta novela: “UBICUIDAD”. Dicho cuento permaneció dormido durante un buen puñado de años hasta que en la primavera de este 2016 cayó en mis manos. Lo leí y no me disgustó. Pocos días después, mientras caminaba por la Sierra del Guadarrama, pensé que podía considerarlo como el embrión de una novela más larga.

Aprovechando un momento en el que no tenía nada entre manos me decidí a “expandir” ese cuento y transformarlo en una novela. Me resultó fácil, aunque, claro está, yo no soy el mismo que hace trece años y también ha cambiado el entorno en el que nos movemos. La misma novela, según la iba escribiendo me exigió cambiar unas cuantas cosas y, sobre todo, el final de la misma.

Es la primera de mis novelas en la que el protagonismo lo asume una mujer. Ello me ha obligado a estar más atento de lo habitual y releer la novela con gran cuidado.

Buceando en mi memoria creo que el origen de esta narración hay que buscarlo en un artículo que leí – no recuerdo ni cuándo ni dónde – hace mucho tiempo en el que se hablaba de extrañas religiones y la utilización de drogas para conseguir entrar en comunión con la deidad. Es muy posible que algún relato sobre la facultad de algunos santos canonizados por nuestra Santa Madre Iglesia de estar en dos sitios diferentes a la vez – ser “ubicuos” por tanto – también aportase su granito

de arena. En cualquier caso, esta novela no es sino un relato fantástico con ribetes de novela policiaca.

Todo cuanto aparece en esta narración – personajes, lugares, situaciones, acontecimientos – es fruto de la imaginación del autor.

Espero que les guste.

Madrid, Septiembre de 2016.

Capítulo 1

Correr puede ser un ejercicio agradable y estimulante o una prueba agotadora. Afortunadamente, para Ana López Latorre, aquella mañana de finales de octubre, el correr por el Parque de la Constitución era una experiencia sumamente grata. El pálido sol otoñal brillaba en el cielo, la temperatura era muy adecuada para trotar y se encontraba en buena forma. No es que preparase un maratón ni mucho menos. Se trataba de hacer ejercicio y mantener su cuerpo dentro de los límites estéticos que se había marcado.

Sabía que tenía un buen tipo: estatura media tirando a alta, fibrosa, musculada, poca grasa pero con las curvas necesarias donde debía tenerlas. El correr tres o cuatro veces a la semana era una terapia excepcional tanto para el cuerpo como para la mente. Las endorfinas daban botes de contento y Ana se dio el gusto de acelerar un poco. Se cruzó con un par de chicos que más correr se arrastraban. Se la quedaron mirando: morena, melena corta, una cara interesante y unos labios que evidenciaban su carácter.

Salió del parque y enfiló hacia el estudio que compartía con Gloria Cañizares Ruiz. Se habían conocido hacía dos años cuando ambas comenzaron la carrera de Derecho. Aquella era una ciudad de marcado carácter universitario y durante el

curso, de octubre a junio, una parte apreciable de su población era universitaria. La Fortuna determinó que ambas formasen parte del grupo de seis estudiantes, tres chicos y tres chicas, que compartían un piso. Eso quería decir que el propietario del mismo había dividido una amplia vivienda de más de ciento cincuenta metros cuadrados en seis habitaciones individuales destinadas a seis estudiantes, un salón, dos cuartos de baños y una cocina.

Aquello fue un auténtico desastre: para empezar dos de sus compañeros eran dos “porreros” sin esperanzas de curación que no respetaban ni poco ni mucho las normas de convivencia que ellos mismos habían aprobado. Para agravar la situación, se había decidido que uno de los cuartos de baño sería para las tres chicas y el otro para los chicos. El de las mujeres era un poco mejor que el de los chicos y solía estar mucho más limpio y ordenado. Muy pronto, los dos porreros empezaron a utilizar sin recato alguno el cuarto de baño de sus compañeras con los enfados y quejas consiguientes. Por último, la otra chica y el muchacho restante iniciaron un romance apasionado y salvaje en el que los gemidos de placer se mezclaban con los aullidos de pasión y los reproches y recriminaciones expresados a gritos.

Las dos únicas personas que se respetaban y respetaban a los demás eran Ana y Gloria. Pocos meses después era evidente que allí no podían no solo estudiar, sino tan siquiera vivir. Un buen día, Ana enseñó a Gloria un anuncio publicado en un periódico local:

ESTUDIO DE 36 M2 SE ALQUILA CALLE ALCALDE MORENO TORRENTE 12, 1º. SALON CON COCINA AMERICANA, DOS DORMITORIOS Y CUARTO DE BAÑO. RENTA A CONVENIR. 678 901 234 DE 16 A 21 HORAS.

No estaba mal situado y solo les iba a costar un poco más de lo que ahora pagaban. Fue fácil tomar una decisión: durante el puente de la Constitución hicieron la mudanza y se instalaron en el estudio.

¿Cómo habían podido aguantar el infierno del piso compartido con cuatro maleducados sin posible redención? Vivir solas era una auténtica bendición: cada una tenía su habitación, estudiaban en el salón, cocinaban juntas aprovechando que tenían los mismos horarios y las labores de limpieza se las repartían con la mejor buena voluntad. Lo cierto es que entre Ana y Gloria había nacido una firme amistad y que en esos momentos no podían concebir el convivir con otras personas. Al Curso siguiente volvieron al mismo estudio y repitieron cuando empezaron Tercero, con gran contento de la propietaria de la vivienda, encantada de tener unas inquilinas formales que pagaban la renta religiosamente.

Ana miró el reloj: llevaba cincuenta minutos trotando alegremente y apenas había sudado un poco. Se desvió rumbo a la Panadería Artesana de la que eran clientas y compró una barra de pan integral cinco cereales.

En su casa no había ascensor, pero vivían en un primero por lo que subir las escaleras no constituía ningún problema. Abrió la puerta y los acordes de la Séptima Sinfonía de Beethoven la envolvieron como un suavísimo jersey de lana de Angora. Gloria era una forofa de la música clásica y a Ana no la disgustaba ni mucho menos.

—¡Hola! —saludó Ana al tiempo que dejaba la barra de pan sobre la minúscula encimera de lo que se viene en llamar “cocina americana”.

—¿Qué tal? —quiso saber Gloria alzando la cabeza del grueso volumen de Derecho Penal.

—Una maravilla chica... Fresquito, casi nadie por la calle... Acabo de producir unos cuantos millones de endorfinas que me están dando besitos por todos sitios. Debías probar a correr.

—Quita, quita... —se defendió Gloria —ya sabes que el deporte no es lo mío. Como mucho pasear, senderismo...

—Tú te lo pierdes, hermosa. Voy a ducharme.

Era curioso pero en aquel instante sus vestimentas reflejaban a la perfección sus personalidades: Ana vestía unas mallas negras hasta por debajo de la rodilla y un top gris oscuro. Gloria un pantalón de chándal gris claro y una camiseta rosa.

Un cuarto de hora después Ana se había duchado y se había vestido con ropa cómoda.

—¿De verdad que vas a obligarme a estudiar esta mañana tan bonita? —preguntó a Gloria.

Esta la miró con esa carita de niña buena y guapa que sabía que tenía y sonrió.

—Tenemos el primer parcial de Penal el lunes. Hay que aprovechar la ocasión y dejarle claro al profe que somos dos alumnas ejemplares.

—Tienes razón —se resignó Ana— Pero esta tarde, vacaciones. Relax y descanso.

—Vale, pero hasta que empecemos a preparar la comida, a estudiar.

—Por cierto ¿qué vamos a comer hoy? — preguntó Ana con cara de hambre.

—Pasta integral al pesto y ensalada de tomates, aguacates y mandarinas — respondió Gloria que era quien llevaba la voz cantante en materia culinaria.

—Mmmmmm — se relamió Ana — Son casi las diez y todavía me quedan tres horas antes de probar esos manjares dignos de los dioses. ¡Qué crueldad!

—No sabes cómo me molesta—respondió Gloria—el que comas lo que te apetezca y luego no engordes.

—¿Por qué te crees que salgo a correr siempre que puedo? —pontificó Ana—Si hicieras deporte también podrías comer todo lo que quisieras.

Instantes después, sin vacilaciones, las dos se sumergieron en el Derecho Penal.

Ambas tenían perfectamente asumido que estaban allí para estudiar. Diversiones, las mínimas. Aunque ninguna de sus fa-

milias anduviese mal de dinero no era el caso de malgastar lo no poco que les costaba las matrículas, el alojamiento y la manutención de cada una de ellas. El padre de Ana había sido toda su vida el típico “rico de pueblo” con una buena cantidad de tierras consagradas a la agricultura pero con poco efectivo en la cuenta corriente. Aquella situación había cambiado cuando una de sus parcelas se había visto afectada por uno de los Planes de Urbanismo que urdían entre el Alcalde y algunos Concejales y que dio lugar a que donde se cultivaban hortalizas se pudiesen construir tres chalets pareados. Gloria era hija de un médico rural con buena posición pero que no podía hacer grandes alardes económicos.

¿Y chicos? Ese era otro tema. De su forzada convivencia con los tres idiotas del piso compartido resultó que tenían muy pocas ganas de eso que se denomina “salir”. Gloria era una chica atractiva y había contado a su compañera de piso que tuvo un novio en el instituto con el que no le fueron bien las cosas. Hasta tal punto llegó el muy cretino que tuvo que intervenir su padre quien paró los pies a aquel majadero que pensaba que su sola voluntad era motivo más que suficiente para las chicas se muriesen por sus huesos. Ana no había hecho partícipe a Gloria de sus amoríos, si es que los había tenido.

Las horas transcurrieron con el ritmo justo: ni demasiado apresuradas ni excesivamente lentas. La mesa del comedor era lo suficientemente grande como para que las dos compañeras estudiaran sin molestarte. Ana prefería leer detenidamente el texto a estudiar subrayando lo fundamental. Luego, cuando ya había desentrañado los misterios de la materia, confeccionaba unos apuntes primorosos en unos cuadernos de tapas duras y tamaño din A 4 que eran los que pasaban a ser su libro de texto.

Gloria usaba su ordenador portátil para realizar una tarea semejante: leía con suma atención el texto correspondiente e, inmediatamente después, pasaba el resultado de su análisis al archivo correspondiente.

—¿Sabes que eres una antigua? —bromeó Gloria aludiendo al poco uso que hacía Ana del ordenador.

—Llevo estudiando con mis apuntes desde que era una niña y me ha ido bien. ¿Para qué voy a cambiar? Ya uso el ordenata cuando tengo que hacer un trabajo.

Tres horas estudiando pueden dar para mucho. Sobre todo si quienes estudian lo hacen con total concentración. Para cuando se acercaba la hora de comer, Gloria cerró el libro, apagó el portátil y se estiró como un gato satisfecho.

—Esto está “chupao” —sentenció satisfecha.

—¿Ya te lo sabes todo?—quiso saber Ana.

Todavía me queda un poco, pero con que mañana le dedique un par de horas...

—Y el lunes, el examen —precisó Ana cerrando su cuaderno de apuntes —Yo creo que lo llevamos bien.

Se miraron a la cara y sonrieron.

—¿Y eso de la pasta al pesto? —preguntó Ana a quien su estómago le reclamaba alimento.

—Ya tengo preparado el condimento. Solo queda hervir la pasta y hacer la ensalada.

Gloria puso un puchero al fuego, añadiendo al agua una cucharada de aceite y algunas hierbas misteriosas. Ana sacó dos aguacates y dos tomates de huerta de la nevera y procedió a trocearlos con la ayuda de un cuchillo muy afilado. Luego peló dos mandarinas y añadió los gajos a la mezcla. Troceó una cebolleta y sumó el resultado a lo que empezaba a parecer un anuncio en color de sanísimos productos vegetales.

—¿Pones la mesa? —preguntó Ana mientras aliñaba la ensalada.

—¿Nos tomamos dos cervecitas para festejar que tenemos en el bote el examen de Penal?

—Vale.

Minutos después, frente a frente, devoraban la comida que habían preparado.

—Esta pasta al pesto te sale de locura —aplaudió Ana mientras engullía pasta integral a dos carrillos.

—Gracias, guapa —respondió Gloria mientras comía con mucho mayor comedimiento.

La ensalada siguió a la pasta y ahora fue Gloria la que comió sin recato alguno.

—¡Qué buena es esta ensalada! Nunca pensé que resultara tan bien añadir gajos de mandarina al tomate y al aguacate.

—Pues ya ves; cuestión de ir probando.

Recogieron los platos y los lavaron. Luego se sentaron en el sofá y se dispusieron a disfrutar del postre: chocolate negro al 90%.

—¡Qué rico! —exclamo Gloria mientras dejaba que el chocolate se fuera deshaciendo en su boca.

—Esto es pura lujuria —añadió Ana mientras se derrumbaba sobre el mullido respaldo del sofá.

—Y que lo digas...

Durante algo más de una hora las dos amigas se dejaron llevar por la pereza. Tal vez durmieran un poco aprovechando el silencio, la digestión y el saber que no tenían nada urgente que hacer. Luego, Ana se incorporó y miró a su amiga.

—¿Tienes algún plan para esta tarde?

—Ni para esta tarde ni para mañana.

—Pues yo tampoco.

Esa era otra de las singularidades de su amistad. Eran muy amigas, sí, pero existía vida al otro lado de su relación. Cada una de ellas podía salir, ir al cine, tomarse una copa o dos con otras personas sin necesidad de solicitar permiso a su compañera de piso ni tan siquiera informarla de sus intenciones.

—¿Ponemos la tele?

—Bueno...

Ana zapeó utilizando lo que algunos habían denominado el “moderno cetro del poder”. En el canal Aventura daba comienzo un documental titulado “Caminando por los Himalayas”

—Deja eso – rogó Gloria.

Es curioso como decisiones aparentemente banales pueden dar lugar a acontecimientos graves e importantes. Aquella

tarde, sin saberlo, Ana y Gloria sembraron la semilla de una tragedia que les marcaría para el resto de sus vidas.

En principio, el documental era totalmente inocuo: un grupo de seis personas, franceses, de diferentes sexos y edades, se disponían a realizar un itinerario por Nepal conducidos por un guía sherpa.

Ana y Gloria quedaron extasiadas ante la belleza de los paisajes y lo sencillo y profundo de la vida de aquellos excursionistas. Aquel caminar sin apresuramiento por senderos bien marcados, con una ligera mochila a la espalda, recreándose en el entorno que les rodeaba les parecía el sumun de los placeres. El descansar en los campamentos, tras una sustanciosa comida preparada por el cocinero del grupo, la charla entre amigos, el descanso protegido por abrigados sacos de dormir, les encandiló.

Cuando los trekkers llegaron a su destino celebraron una fiesta en el que la cerveza corrió a raudales y el cocinero se esmeró más de lo habitual. Luego, el guía, miró a los espectadores y les dijo:

—¿Por qué no venís a Nepal? El Himalaya puede ser vuestro...

Tardaron unos minutos en reaccionar. Ana había contemplado el documental con los ojos abiertos como platos.

—Yo no quiero morirme sin hacer un trekking de esos...— dijo como si estuviese en trance.

—Yo también me apunto —apostilló Gloria —Debe ser una auténtica gozada.

—Y no parece sea difícil. Basta con estar en buena forma y tener el dinero necesario...

—¿Sabes lo que podíamos hacer? —preguntó Gloria a su compañera —Cuando terminemos la carrera, lo celebramos marchándonos de trekking a Nepal. Viaje Fin de Carrera por todo lo alto.

—¡Ya lo creo que por todo lo alto! —rio Ana — Hasta los cinco mil metros vamos a estar. ¿Seguro que te apuntas?

—Sí, claro.

—Pues ya lo sabes. Pero...

—Pero ¿qué?

—Hay que ponerse en forma, amiga mía.

—Pues me pongo en forma, faltaría más. Mira, si hubiésemos visto este documental hace unos días mañana podríamos irnos por ahí de excursión.

Las dos se miraron a la cara con gesto de angustia.

—¿Y cómo se va una al monte? – quiso saber Gloria.

—¿Tú sabes algo de montañismo? – preguntó Ana.

Gloria negó con la cabeza.

—Pues yo tampoco...

—¿Y no venderán algún manual en el que te digan lo que hace falta y cómo empezar?

—Seguro que sí. El lunes, después del examen nos vamos a la librería y buscamos uno.

—De acuerdo.

El examen no fue fácil ni difícil. Normal. Ana y Gloria lo habían preparado a conciencia y no tuvieron dificultad alguna en contestar a las seis preguntas que les formuló el catedrático.

Satisfechas salieron de la Facultad de Derecho, ese edificio impregnado para siempre jamás del delicioso aroma de los bocadillos de tortilla de patata que servían en la cafetería.

—Y ahora a buscar ese manual de iniciación al excursionismo que tanta falta nos hace.

El problema era que no había un solo manual sino varios. ¿Cuál elegir? Finalmente y ante sus vacilaciones, el dependiente se les acercó.

—¿Andáis buscando una guía de senderismo?

—Sí, pero no sabemos por cual decidirnos.

—Mirad, esta está bastante bien, es sencillita, barata y muy práctica. Pero si queréis empezar a salir al monte, lo mejor sería que os pasarais por el C.U.M.

—¿El C.U.M?

—Club Universitario de Montaña. Está en los sótanos de la Facultad de Medicina. Allí organizan todos los fines de semana

excursiones para quienes no tienen experiencia. Se va y se vuelve en autobús y un experto os acompaña. Yo no lo dudaría...

Y no lo dudaron. Con su Guía debajo del brazo se acercaron a la Facultad de Medicina. Tuvieron que preguntar, pero, finalmente encontraron las oficinas del Club Universitario de Montaña.

—¡Hola! —les saludó la chica que teclaba delante de un ordenador —Soy Conchi. ¿Qué se os ofrece?

—Verás —dijo Ana —nos gustaría empezar a practicar el senderismo y nos habían dicho que vosotros...

—Os han dicho bien. Mirad, esto es bastante sencillo: tenéis que apuntaros a este club lo que os costaría a cada una la módica cantidad de diez euros al mes. Una vez apuntadas, podéis tomar parte en todas nuestras actividades.

—Es que nunca hemos ido de excursión —arguyó Gloria un tanto avergonzada.

—No hay problema: siempre hay una primera vez. Cada fin de semana organizamos un par de salidas de las sencillitas. Dos o tres horas de marcha, poco desnivel y ningún riesgo. Cada excursión cuesta unos pocos euros, dependiendo de lo lejos que comience el itinerario. Un autobús os lleva y luego os va a recoger. Siempre os acompañará uno de los montañeros con más experiencia para que nadie se pierda.

—¿Y cómo cuanto sale cada excursión?

—La que hemos preparado para el próximo sábado os costaría veinte euros. Es de las más suaves y muy apropiada para los principiantes.

—¿Qué equipo hay que llevar?

—Veréis...

Aquella chica sabía de lo que hablaba. Seguramente habría contado lo mismo a un buen número de novatos. Un cuarto de hora después, Gloria y Ana dejaron el CUM con una lista del material indispensable y una buena cantidad de consejos.

—No me lo puedo creer —dijo Gloria —Resulta que dentro de cinco días nos vamos a ir de excursión al Pico Panadero. Así, de repente y sin anestesia.

—No me seas miedica —repuso Ana —Ya verás lo fácil que va a ser. Piensa que es el comienzo de los entrenamientos para nuestro fastuoso trekking por el himalaya.

—Bueno... ¿Y dónde ha dicho que nos podemos comprar las botas?

—En una gran superficie que se llama Marathón.

—¡Ah, sí! No está lejos. Podemos ir en el autobús 16.

—Pues vámonos...

Tal y como se habían comprometido el sábado siguiente madrugaron y desayunaron fuerte. Luego, con sus botas nuevecitas puestas, caminaron hasta la Plaza de la Lealtad. El autobús estaba esperando a los excursionistas y, a las ocho en punto partieron rumbo al Pico Panadero.

Sobre las cinco de la tarde, dos expertas montañeras regresaron, fatigadas pero satisfechas, a su piso.

—Oye, qué bueno es esto de sentarse en un sofá después de ir al monte —dijo Gloria.

—Es la recompensa al esfuerzo. ¿Te duchas o me ducho?

—Dúchate tú primero. Así descanso un poquito más.

—Pero no me seas blandita, guapa y dime: ¿qué te ha parecido?

—Pues la mar de bien. He disfrutado como una loca. ¡Es estupendo esto de pasear por la montaña sin agobios! He cargado las pilas para un mes.

—Recuerda que el próximo fin de semana vamos a las Hoces del Río Alumbre¹.

—¡No seas pesada y déjame que me recupere de lo que hemos andado hoy!

—Bueno, me voy a la ducha. Ya verás que en cuanto te duches y te pongas ropa cómoda te quedas como nueva.

—Dios te oiga.

¹ No existen las Hoces del Río Alumbre ni tampoco el Pico Panadero. Todos los lugares que se citan en el texto próximos al lugar donde estudian las protagonistas son producto de la imaginación del autor.

